Mendrugos en cama de galgos

Novela mísera y ejemplar

Diego San José

I

Era domingo; salíamos de cumplir el precepto piadoso que nuestra santa Madre Iglesia manda a sus fieles.

Y, aunque no me esté bien el decirlo (pero no es bien callar lo que se siente, por bochornoso que pueda parecer a los ojos de los demás), antes que por devoción (¡Dios me lo perdone!), iba como lazarillo de un viejo pariente, rico tendero de la calle del Olivar, que me quiere por extremo y que pienso que tiene que acordarse de mí en la hora de su muerte, que por mucho que el Señor quiera, tengo para mí que ya no podrá estar muy lejana.

No quiere esto decir que yo le cuente los días con tanto regocijo como le contaría los dineros, pues soy bienintencionado y me gusta que los hechos que fatalmente tienen que venir según el buen orden de los destinos del mundo vengan por sus pasos precisos y naturales. Nada de empujar a lo que tiene de caer por su propio impulso ni arrancar neciamente el fruto apetecido, aunque muchos sean los deseos de comerlo, antes de que esté en sazón…

Además, que este buen viejo de mi familia, que apenas si con muy buena voluntad llega a tío, no se merece una mala voluntad ni aun haciéndome acompañarle a misa cada domingo o día de fiesta.

En el zaguán de la iglesia, que por más señas era la de San Sebastián, dos nutridas hileras de pobres extendían hacia nosotros sus manos sarmentosas. Su pedigüeñería no dejaba santo con sosiego ni había lástima que no llorase, como si en la faz de la tierra no hubiese más desgraciados dignos de ser socorridos que ellos.

Mi tío, que ya traía prevenidos en la diestra un puñado de cuartos, fue repartiéndolos entre todos en la misma proporción, con lo que levantó tal nube de gracias y bendiciones que si, como ellas eran de pura fórmula, dichas de dientes afuera, fuesen nacidas en lo más profundo de los corazones, bien se podía creer que no habría de necesitar más para entrar triunfalmente en el Reino de los Cielos, ansiada meta de todos los justos y pecadores de este valle de lágrimas. . .

Así de como seguíamos adelante, yo, como muchacho no bienintencionado y malicioso, iba advirtiendo cómo iban cesando las alabanzas para pedirse unos a otros razón de lo que habían recibido, y menos mal, como he dicho, que el buen viejo era justísimo con sus dares, que si no allí hubiese sido el trocarse en cañas las lanzas; quiero decir, el volver en pestes as bendiciones…

Aun así y todo más de una vez oí decir a un vejete más tullido y desarrapado que todos los demás juntos, que él no agradeció nunca la limosna ni pensaba hacerlo en todos los años de su vida, si viviese cinco años más que Matusalén, porque tal obra de caridad la debían los ricos por obligación a los pobres y gran favor y honra les prestaban ellos con la humillación de admitirles las sobras.

Al llegar al atrio, dos ciegos, hembra y varón, que ya por el finísimo oído le conocían muy bien en el rastrear de los pies, alzaron sus lamentaciones sobre todas las voces pedigüeñas:

—Señor don Martín —decían—, a los pobrecitos castigados de Dios y de la miseria, por lo que ya sabe su merced, no nos olvide. Denos lo que tenga voluntad y le inspire la magnificencia del Señor, y luego mándenos rezar por la, memoria y eterno descanso de sus queridos difuntos o por aquello que fuese servido, que nosotros lo haremos como si fuese cosa nuestra.

Tornó mi pariente a rebuscar en el fondo de los profundos bolsillos de su abrigo y les dio una peseta a cada uno.

¡Dios nos amparase si tal munificencia hubiese llegado al egoísta conocimiento de los demás cofrades de San Lázaro!

Ya hubiéramos podido echar las almas a remojarse en la pililla del agua bendita.

Las gratitudes y bendiciones de los favorecidos con más esplendidez que los demás pensé que no tenían que acabarse en toda la mañana.

Su merced, así como pudo hallar un leve claro en los laudos, les preguntó con muestras de mucha simpatía y conmiseración:

—¿Y cómo va, hijos? ¿Vais teniendo más conformidad? ¿Os hacéis a esta vida?

Y les añadió por vía de consuelo que les confortara el atribulado espíritu, el cual, a lo que parece, había menester de mucha misericordia:

—Ella es penoso tránsito para llegar a la otra de perpetua felicidad que dispone Dios a los que en esta son infelices…

La mujer, que, por ley natural, era de más palabras que el hombre, al que la desgracia parecía haber atado con más crueles ligaduras, y no las sufría con la paciencia que el santo Job hizo proverbial, respondió:

—Y, ¿cómo quiere que nos vaya, señor y amparador nuestro, si no arrastrando la mísera cadena de esta mala vida, gracias a la inagotable caridad de su merced, y de otras almas piadosas, las cuales han de gozar de la eterna bienaventuranza o no hay justicia en el cielo? A este (y señalaba a su infeliz compañero) sobre lo que ya tiene, y no es poco, le han tomado unas cuartanas que le hierven la sangre; ni sé cómo tiene resistencia para sufrirlo con lo poco que podemos hacer por su salud. ¡El Señor, ya que no remedios de botica, nos dará paciencia para llevarlo!

Tomó un poco de espacio para recocerse una lágrima que desde los estropeados ojos comenzaba a resbalarle por la cara, y prosiguió la crónica lastimosa de la miseria de entre ambos:

—A mí, por añadidura del histérico, que me deja muerta en cada arremetida, como si me tomasen todos los demonios del infierno, que no basta que traiga siempre conmigo

una estampa de San Bartolomé tocada en la misma reliquia de este gran enemigo de Satanás, se me ha presentado un sarpullido así como una sarnilla gatuna, tan incivil que no tengo dedos para rascarme. ¡Dios sea loado! ¿No sabría su merced, que tan bueno es, y tantas cosas sabe como remedios tiene para socorrer a los pobres, de alguna pomada, ungüentillo u oración aunque no sea más, conque pueda encontrar algún alivio, siquiera sea solo por las noches, que las hay en que no puedo pegar un ojo, y aunque bien podrá creerme que me caigo de sueño, me levanto con la misma angustia que al acostarme tenía?

Y por dar fe de que no mentía, se rascaba la infeliz como si tuviera sobre su carroña todos los parásitos de un muladar.

Los consoló un poco mi tío y como en aquel mismo instante el acompasado y grave tañido de la campana grande llamó a los fieles a la misa de una, que es la hora en que dicho señor tiene por costumbre desde tiempo «inmemorial» de sentarse a la mesa, me empujó atrio adelante y salimos de la iglesia por la parte que da a la calle de las Huertas, que en la mocedad de mi antiguo pariente también se llamó de «Máiquez».

Mientras bajábamos hacia el Prado, pues ha de saberse que la mansión de su merced estaba al final de la mencionada calle, me decía:

—¿Sabes, Dieguillo, por qué causa trato a esos infelices con más caridad que a todos los otros, y aun muchas veces fuera de su lonja les socorro con lo que buenamente puedo, dándoles bonos para las tiendas de asilo y tal cual prenda usada de mi uso?

Yo le respondí como era cierto, que no se me alcanzaba del porqué de su buena intención, aunque me aventuraba a pensar que porque los conocía de más antigua fecha que a los demás y tendría exacto conocimiento de la tragedia que a tan lastimoso estado los redujera.

Se paró el buen viejo para tomar algún aliento, pues tanto por los muchos años como por el asma cruel no podía andar más de veinte pasos sin que le fuera menester tomar aliento, y continuó hablándome:

—Algo hay en cuanto a lo de conocerlos desde hace mucho tiempo, pues casi cuentan tantos años como yo, aunque casi voy creyendo que no ha de faltarme mucho para ser el decano de esta calle, si no es que lo soy ya. La miseria de estos infelices, que Dios proteja, más tiene de jácara y donaire que de tristeza. Estos, como dice el refrán, cuando comenzaban a subir lo más penoso de la cuesta de la vida, que es la vejez, como tendrás triste ocasión de ver por triste experiencia, fueron por lana y salieron trasquilados. Justo castigo a su codicia y a la poca caridad del prójimo, que lanzó al uno en brazos del otro. Puesto que el sol, hoy más que de invierno parece de primavera, retrasaremos, aunque no sea más de media hora, la comida, y bajaremos hasta el Prado, andando un poco por la solana del Museo, si nos parece bien, y si no sentados en el primer banco que se nos ofrezca, y te contaré la vida de estos pobretes, la cual verás cómo pudiera figurar muy bien entre las famosas picardías que han hecho en nuestra patria una literatura inmortal y típica, en la que han florecido muchos ingenios que han contribuido a forrar de oro todo un siglo…

Y mientras don Martín arrastraba sus gotosos pies por la encuestada rúa, que recuerda las opimas huertas del opulento duque de Medinaceli, caminando hacia el viejo prado de San Jerónimo, preludiaba la prometida narración con tanto gracejo y desparpajo que no parecía, como en efecto es en la realidad de la vida, una humana antigualla de más de noventa años, sino un mozo con la memoria lozana y el ingenio fresco.

Dimos al fin en su paseo favorito, y cruzando a la parte del Jardín Botánico, donde, en estas mañanas de diciembre, aprieta el sol con todo el garbo y gentileza que él sabe hacerlo cuando bien quiere. Así como hallamos la dura hospitalidad de un banco de piedra, comenzó mi viejo pariente la prometida historia de los mendigos del atrio de San Sebastián, y fue de esta manera, llena de amenidad y salpimentada de sabrosos comentarios, los cuales sin duda tienen que haber perdido espontaneidad y gracia al serle trasladados al paciente lector por los mal cortados puntos de mi pluma.

II

—De esos dos viejos que acabas de ver, tan acongojados —comenzó don Martín—, has de saber que el hombre, al que llaman «Francisquillo», era en mis tiempos y en los suyos, que ya están a tantas leguas de estos lugares, mozo de la esportilla en una de las principales casas de Madrid. Recuerdo que el comercio en donde prestaba sus servicios era uno de los mejores almacenes de paños de que se ha ufanado la calle de la Cruz, que, como sabes muy bien, parece tener el privilegio de ser la metrópoli de las sastrerías cortesanas…

A lo que parece, este tal «Francisquillo», que traemos en lenguas para mejor dolemos de su infortunio, desde su apartada tierra, que era la de Galicia, vino andando, y con los zapatos al hombro, porque no se le desgraciasen con el uso. Según él mismo contaba, tardó no sé cuánto tiempo en pisar los umbrales de la «Puerta de San Vicente», porque, para ayudarse en el camino, venía pidiendo limosna y sirviendo en ventas y paradores. Alguna que otra vez le hizo detenerse la Guardia Civil más de lo que él quisiera, tomándole, tal era el mal atavío que traía, por algún granuja que comenzara a tener cuentas sin ajustar con la señora Justicia…

Al cabo, cuando Dios quiso, y en más traza para buscar una cama en algún hospital que para pedir trabajo, le plugo al ángel de su guardia que pisase los picudos guijos de esta villa y corte de… los milagros.

En ella no contaba con otra familia que un tío que, entre los aguadores cortesanos, tenía gran prestigio por ser el que mejor parroquia tenía en torno al ancho pilón de la Puerta del Sol, que, en el tiempo de ahora, está como jubilado en la glorieta de los Cuatro Caminos.

Este prócer de la cuba, que, como el personaje de aquella zarzuela, «vino a Madrid con almadreñas», colocó a su pariente en la dicha sastrería de la calle de la Cruz, a donde yo vine a conocerle. El menester que allá tenía no era más que barrer la tienda y hacer todos los recados, además de ser una especie de nodriza seca de los chicos del amo.

Bien se ganaba el pan el pobrete, esta era la verdad. Una hora antes de que el sol se desperezara ya estaba él en pie. Era el último en acostarse en la casa y, si alguna pelea se ofrecía durante la noche con los muchachos, era él quien los atendía, que la oronda sastra no se movía en la cama si no era para mudarse de un lado a otro…

Ochavo que en sus manos caía ya no tornaba a salir de las zahúrdas de la faltriquera, como no fuese por muy grave necesidad; y como sabía capear con singular destreza los apuros y rigores que, a cada paso, se ofrecen en la vida, todas las exigencias

y contratiempos, quiere decirse que muy pocas veces tuvo nadie ocasión de conocer el color de su moneda.

Ejemplar más honroso de la miseria apenas se halla entre las regocijadas páginas de *El gran tacaño* y en las no menos picarescas de *Lazarillo de Tormes*.

Ahorrando y ahorrando cuanto ganaba sin gastar más que por verdadera necesidad, pasó en aquella casa más de veinticinco años, pues desde recadero y mozo de almacén ascendió hasta alcanzar un taburete en el escritorio y, como de lo suyo —en el afán de aprender para lograr más soldada— era listo y espabilado, no tardó en hacerse el imprescindible con su jefe, llegando hasta ser el hombre de su confianza. Este, que por la probidad y honradez que en el muchacho veía, llegó a cobrarle afecto, como si advirtiera del miserable pie que cojeaba, siempre andaba con él en paternales pendencias, porque en lo tocante a la indumentaria y aseo de su persona si no iba hecho un puro andrajo no le faltaba para ello el canto de una peseta. Y esto era estando interno en la tienda, que, cuando por razón de su ascenso quiso emanciparse y corría todo a su cargo, daban ganas de darle una limosna al encontrarle en la calle.

Era fama que para alimentarse, como estaba solo, era la mismísima miseria.

Pudiendo comer muy a gusto su cocido con más vaca que carnero los más de los días, se los pasaba casi en claro con alguna fruta del tiempo o las sobras que le diesen en la cocina de su jefe.

Su paladar estaba virgen de manjares suculentos, ni siquiera agradables.

Decían, pues como comprenderás yo no tuve jamás el disgusto de comprobarlo, ni nada se me iba en ello, que en invierno, era todo lo que, por vía de alimento, envasaba en su estómago unas sopas hechas con aceite de candiles, y los días que repicaban recio echaba de añadidura una cabeza de carnero, asada de caridad en una tahona cercana.

En verano, las ensaladas era el plato único de todos los días.

Y, mira tú lo que son las cosas, este hombre que de tan absurda manera vegetaba, se mantenía fuerte y en buena salud.

Por fuerza digo yo que tenía que ser milagro de Dios, porque cosa natural entiendo que no era posible.

No le hablasen a él de que había en el mundo diversiones y lugares de esparcimiento del gusto y de los sentidos como cafés y teatros en que el cuerpo gusta de solazarse un día luego de haberse aspeado trabajando durante toda la semana.

Ello costaba dineros y él no los acumulaba para vicios, ni siquiera para vivir con un poco de desahogo, sino para darse la imponderable satisfacción de guardarlos.

Los domingos y días de guardar, porque, eso sí, era muy religioso y fiel cumplidor de cuanto ordena la santa Madre Iglesia, no siendo aquella obra de misericordia que manda ejercer la caridad, se los pasaba en el templo más próximo, y no se le tornaba a ver hasta el lunes a la temprana hora, en que acudía a su menester.

En fin, que si el tal Francisquillo de mis pecados no tenía por armazón de su miserable cuerpo la misma ánima de aquel famoso «Dómine Cabra» que tuvo pensión y estudio de muchachos en la ciudad de Segovia, disfrutaba de otra cortada por las mismas tijeras.

Pues pensar que en amores o amoríos gastase el tiempo, es gana de echar a volar la imaginación. Ellas son cosas que ya por galantería, ya por interés de lograr algún favorcillo, cuestan dineros y él no tenía el suyo para negocios de más provecho, cuanto más para estas niñerías…

III

A todo esto, el pollo había pasado a ser gallo, pero sin que jamás en todo el tiempo que llevaba de asiento en la Corte hubiese disfrutado de los privilegios donjuanescos del rey del corral.

En la única cosa en que no admiraba la sabiduría del Sumo Hacedor era en haber formado a Eva, y menos de una costilla del hombre; «nosotros» no teníamos por qué contar con ese hueso de menos.

Para él, la mujer no era una compañera, sino un vicio y, cuando menos, un lujo.

Muchas veces le oí suscribir como suya aquella ingeniosa definición, no nada limpia, que daba Barrutia, diciendo que la mujer, cualquiera que sea su conducta en la vida conyugal, resulta un lavatorio de tripas; si sale buena, es una ayuda, pero si le da por lo contrario es una jeringa…

Una tarde de carnestolendas, que es tiempo propicio para echar una cana al aire, y más teniendo tan a la puerta la Cuaresma, en que puede arrepentirse todo pecador de los desmanes cometidos, quisieron sus mismos camaradas de covachuela ponerle en el alero del pecado mortal con dos buenas mozas de la mejor carne de falda que por el entonces se despachaba en Madrid, y no lograron más de lo que dicen que hubo de lograr el demonio frente a la entereza del patriarca del desierto, San Antonio Abad…

Por no gastar ni siguiera energías no consintió ni en dar una vuelta en coche pagado por los demás… Podía tentarle el diablo, y hacerle cometer el «nefando» crimen de gastarse un par de duros, y si este espantoso trance llegaba, no se lo perdonaría en toda su vida, aunque viviese más años que Matusalén.

IV

Algunas veces, al subir las desvencijadas escaleras de la antiquísima casa, allá por la calle de la Escuadra, en donde estaba su chiscón, que, sin duda, de tales palabras fueron una puñalada dada a traición en el buen ánimo que, respecto a la eclesiástica dama, se iba haciendo la desmedida codicia del covachuelo, el cual, pareciéndole aquello demasiada debilidad para una mujer de tan claro juicio y pensando que fuera obligada contra su gusto, preguntó:

—¿Ella se lamenta?

Y respondió el preguntado:

—No habla palabra, pero no es la vez primera que se oye estruendo de tremolinas entre los dos; y yo digo que debe de ser porque el sobrino haragán pide y la tía ahorradora se muestra reacia, pero al fin, convencida por la elocuencia de las razones, aunque también pudiera ser que por la fuerza de las manos, al fin, da.

Sin saber por qué, aquella tarde se fue «Francisquillo» a su covachuela bastante más preocupado de lo que tenía por costumbre…

V

Pocos días después de la anterior escena, dos comadres de la más rancia aristocracia de la vecindad, al pie de la fuente del patio, sostenían este sabroso diálogo:

—Pero ¿qué me cuenta usted? Si eso parece un cuento de esos de *Las mil y una noches*, que lee mi chica.

—Pues lo que usted oye. Si miento, que me quede aquí tiesa sin acabar de llenar el cántaro.

—¡El vecino del tercero! ¡Pero si dan ganas de hacerle una limosna…!

—¡Toma! Más de dos veces he tenido yo intenciones de regalarle una capa vieja de mi difunto.

—No faltó tanto para que la otra noche le ofreciese yo un cuenco de sopas de ajo. Le vi tan descaecido, tan aspeado. Si yo creo que ese hombre se mantiene del aire, como dicen de los camaleones. ¿Quién lo había de pensar? Para que se fie una de nadie y tenga buen corazón… Si le digo a usted…

—Pues lo que usted oye, señora Anastasia. Anoche, viniendo ya tarde del puesto de periódicos, me detuve junto a la puerta de ese hombre para recoger una cosa que brillaba, y que luego resultó ser una espina de besugo, y oí contar dinero, pero mucho dinero, no vaya usted a pensarse que fuesen rodajas de pandereta. Por más de un cuarto de hora estuve mirando por la cerradura; hasta monedas de oro vi pasar por sus manos temblonas.

—Porque me lo dice usted, que es persona seria, lo creo. No puede uno fiarse ni de la camisa que lleva puesta.

—¿Y para quién guarda con tanta codicia, si en los veintidós años que lleva viviendo en esta casa no se le ha conocido familia alguna, ni siquiera amigos?

—A las gentes de esta mala ralea hasta la sombra les estorba; no ve usted que no viven más que para ellos y viven mal. A un tío de esta calaña no le vayan con cariños de padres ni de hijos, que como dependan de él todos se morirán de hambre.

—¿No se acuerda usted de aquella pobre que hará cosa de tres años encontraron muerta en una buhardilla del 42, que se dejó morir de pura necesidad y, al irla a desnudar

en el depósito, cosidos a las sayas le encontraron billetes y resguardos del banco por valor de más de treinta mil duros… Ya ve usted, y tenía una hija en el manicomio de Ciempozuelos, recogida de limosna…

—¡Jesús! Esta gente no pagaba con cien infiernos que hubiera.

En lo mejor del diálogo, acertó a pasar «La Canóniga», y, atraída por lo sustancioso de los comentarios en que se enfrascaban aquellas dos honorables matronas, pegó la hebra con ellas, haciendo una excepción notabilísima en sus costumbres, porque tampoco era mujer que gusta de gastar el tiempo en palabras.

Por no ser menos que las otras, metió su baza en la conversación y, también como ellas, se hizo mil cruces al saber que aquel hombre no era el desheredado de la Fortuna y pobrecito de Dios que todos se pensaban al ver las trazas que de ordinario traía.

Las pullas y los vejámenes llovían contra el avaro, mas ella fue la sola persona que le halló alguna disculpa, echando piadosamente sobre los enconos y las sátiras los socorridos refranes de que «más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena» y «cuando Dios da, Él tiene sabido por qué».

Las otras pensaban que, como lobo de la misma camada, al fin y al cabo tenía que parecerle de perlas el miserable proceder del vecino del tercero.

Hablaron un poco más, terminando una de las comadres con anunciarle a su merced que, acaso dentro de aquella semana, tuviese que pedirle un «pequeño favor», y, tras ello, levantaron el vuelo hacia su nido las tres cándidas palomas…

VI

¡Oh, caso inaudito, digno de grabarse en bronces y de esculpirse en mármoles si la pobretería tuviese por costumbre honrar de esta manera los hechos famosos de su gremio!

Francisquillo se había comprado un terno casi nuevo y se puso camisa medio limpia, tomó a traspaso una chistera a un lacayo de casa grande y adquirió en El Rastro unas botas, que desde lejos parecían estar en buen uso.

La novedad inesperada constituyó un suceso en todo el barrio y, en cuantas calles cruzaba nuestro hombre habitualmente hasta llegar a su casa.

Los chiquillos se quedaban extáticos al verle pasar.

Las comadres salían a los corredores.

El maestro de obra prima llegó hasta dolerse de parecer humilde portero para tan gran señor.

¿Quién pensara que de la noche a la mañana pudiera ofrecerse una mixtificación tan notable? ¿Qué habría podido acaecer para ello? Todo eran cábalas y conjeturas y ninguno acertaba con la verdad.

Pues tan portentoso y asombroso milagro le había hecho una mujer.

¿Cuál?

«La Canóniga…».

Su merced era quien había tenido el honroso privilegio de hacer vibrar por vez primera la cuerda amorosa del «apretado» doncel, aunque más noble será decir que donde ciertamente había percutido la madura gentileza de la canonical hembra era en el arca en que el señor Francisquillo guardaba bajo siete candados los angustiosos sudores de su miseria.

Así como el tal escuchó fervorosamente de boca del entrometido zapatero y guardián de la vecindad de aquel casulario al margen de la calle de la Escuadra, como ella tenía su «gato» muy rollizo y lustroso, y lo bien que solía emplearle en el socorro comercial del prójimo (¡Dios se lo aumentara en la otra vida, con un crecido interés!), pensó en que bien podían ser tal para cual, uniéndose ambos en el indisoluble lazo del matrimonio para el amor y para el negocio.

Claro estaba que, en la formación de esta sociedad, el locuelo hijo de la hermosa Venus jugaría un papel completamente secundario, pues, en la gramática parda del aprovechado gallego, el verbo amar, de conjugación universal, tenía todos les tiempos perdidos…

Desde el punto y hora en que Francisquillo concertara tal proyecto, no descansaba, pensando que alguien se le pudiera quitar de entre las manos.

Así pues, decidió irse derecho al asunto cuanto antes. Los negocios son del que llega primero y los embiste cara a cara, aunque las intenciones que le mueven no sean muy ventajosas para la otra parte.

***

Iguales miras parece que habían conmovido a la reverenda exmoza desde el punto y hora en que interviniera en aquel comadreo, cabe la fuente del patio vecinal en que tan descaradamente se cementaba la oculta riqueza de su miserable convecino.

Si ella pudiera tener mañas para engatusarle y hacerle hocicar en los últimos restos de su trapío…

La verdad era que, aunque algo estropeada por el poco cuidado que tenía con su persona, no estaba tan echada a perder que los hombres volvieran la cara al pasar junto a ella.

Todavía la echaban piropos los albañiles, que, dicho sea de paso, mirando las piltrafas de sus cocidos, añoran la carne abundante, y los soldados, que, por lo exhausto de sus bolsillos para hacer ofrendas de amor, son caballos de buena boca.

Y, haciendo estas consideraciones, la señora Beatriz se miraba desde lejos en un espejillo cuarteado, con más aguas que el «Manzanares», y pensaba que de empresas más difíciles había salido en su vida; aquella del canónigo no fue, como dicen, moco de pavo.

Todo consistía en proponérselo.

Además, ya había observado algunas veces que, cuando se topaba en la escalera con el «infrascripto», se recreaba el hombre, al parecer, algo más de lo que la curiosidad ordena, en contemplarla, cosa que no le había visto hacer con ninguna otra hembra de la vecindad, aunque era lo cierto que las había que pudieran hacer bailar a un santo en su

hornacina y parpadear a un difunto, y aun algunas de ellas, como la mujer del ebanista, ponía por ejemplo, no les disgustaba alternar con el prójimo, echando su ratito de conversación y lo que se ofreciera «fuera de abono».

El duro de pelar era Cabrillas, el «sobrino», pero, en viendo que le regalaban un tío con dinero, entraría por el aro y tendría el parentesco como llovido del cielo.

¿Qué necesidad tenía ella de exponer sus ahorros teniendo tan cerca otra bolsa más repleta que la suya, en donde podía meter los brazos hasta los codos, sin miedo de llegar al fondo, por mucho que empujara?

A fe que desde el día siguiente habría de empezar el asedio y no era quien se creía si el señor «Francisquillo» no entraba con ella una mañana a oír misa de boda en la cercana iglesia de San Lorenzo…

Una noche los vieron juntos en uno de los más ocultos rincones del café de «Pombo».

Bien puede decirse como cosa cierta que esta era la vez inicial que «Francisquillo» entraba en un establecimiento de esa clase, y a buen seguro que el pensar en el gasto de la consumación que tendría que satisfacer no le permitiría estar con el necesario sosiego.

Sin duda, quisieron celebrar en grande el amasijo, porque unión no me atrevo a llamarlo, pues ciertamente no hay memoria de que nadie hubiese comido el pan de aquella boda.

Cuando fue llegada la hora de retirarse, porque terminada la consumación se acabó el coloquio, el galán llamó al camarero y, con mucha solemnidad, como quien va a hacer un gran sacrificio, metió los dedos pulgar e índice de la mano derecha y sacó el dinero justo. El mozo tomó las monedas y se quedó mirando por un buen espacio al rumboso parroquiano. Este comprendió el «interés» de la mirada y, volviendo a hundir los ganchudos dedos en el fondo del bolsillo, sacó dos cuartos, que puso sobre la mano del cafetero, que aún tenía extendida, no creyendo en tanta miseria. El buen hombre arrojó despectivamente la «propina» sobre la mesa, escupiendo, más que diciendo, estas palabras, que, por oírlas quien las oía, cayeron en el más profundo vacío:

—Muchas gracias. Hoy y mañana tengo el puchero puesto; gástelos usted en medicina.

Francisquillo tenía el espíritu muy cristiano, propio para fraile misionero, y no le hacían mella las injurias.

Se volvió a guardar con mucha parsimonia la moneda rechazada por el camarero, se alzó del asiento y echó a andar tras «La Canóniga», que, admirada por la hazaña ahorrativa de su hombre, había salido hacia la calle…

La cosa le había parecido de perlas.

Era hombre ahorrativo.

No había miedo de que tirase la hacienda, como tantos perdidos y derrochones, que lo hacen así porque no tienen conciencia de los muchos sudores que cuesta el ganarlo.

Cuanto más ahorrara, tanto más quedaría para ella. Porque su merced, como le veía tan desmedrado, se pensaba que no tenía que tardar mucho en quedarse viuda.

Aunque la noche era de las más crudas de aquel invierno, lluviosa y con recia ventisca que no dejaba chimenea en los tejados ni vidriera sin amenaza de muerte, y ninguno de los dos tenía paraguas, no extendieron el despilfarro hasta hacer la locura de tomar un «simón» que los condujera a su domicilio, sino que arrimándose muy bien a las paredes, de modo que les resguardasen las salientes de los balcones, marcharon ellos por sus propios pies…

¡Valga Dios, y cuánto puede la fuerza de la miseria!

Se han señalado lugares privilegiados para la congregación de la gallofa y la pedigüeñería de oficio, como son el Azoguejo, de Segovia; Zocodover y las Ventillas, de Toledo; la Plaza Mayor, de Madrid; el Potro del Compás, de Sevilla, y la Mantería, de Valladolid.

El hampa castellana tiene un arraigo tan hondo que tengo para mí que ha de llegar tan florida como en su primer día hasta la consumación de los siglos.

No hay gobiernos ni leyes que le vayan a la mano, pues es de la condición de la hierba silvestre nacida en las zanjas y en las lindes de los caminos que si se arranca, luego, al poco tiempo, crece en el mismo lugar, más recia y enmarañada.

Así pues, no es acaecimiento extraño que maraville como cosa nunca vista el que estos dos «apóstoles» mostraran con tanto brío la prodigalidad inconcebible de su miseria.

Dejó «Francisquillo» su covachuela y se dispuso a vivir y a medrar por su cuenta y riesgo, acrecentando el negocio de usura que ya tenía montado su consorte.

Tan buena maña se daba que nunca otra cosa parecía haber hecho en todos los días de su aprovechada vida.

VII

Fue por el entonces cuando el gran tacaño tuvo un rasgo financiero (digno del opulento y arriesgado Oward, famoso abastecedor y asentista de los ejércitos napoleónicos), que consistió en aventurarse a servir el aprovisionamiento de las tropas del pretendiente don Carlos, que por aquellos días, dio en acordarse de que podía disputar la corona de España al nuevo rey proclamado en Sagunto.

Don Carlos no se resignaba con ser príncipe de segunda mesa, y volvía tozudamente por los fueros que abandonara su padre, el conde de Montemolín, pacífico burgués, que prefería las comodidades del vivir a todos los derechos que pudieran caberle sobre el trono, como ellos pudiesen acarrearle el menor contratiempo. Ante todo el bienestar.

Era un filósofo de la escuela de Epicuro.

La causa, que todavía contaba con partidarios ilusos y fanáticos (aunque ya no tantos como en los tiempos del primer chapa), reverdecía sus bélicas empresas, que, como las de antaño, más tenían de bandolerismo que de empeño justo y legal por defender un mal entendido derecho.

El asunto de la provisión de víveres se le vino arrastrado por un intendente de la mesnada carlina que poco antes había sido sacristán de un convento de monjas clarisas.

El asunto pudiera ser excelente si sabía llevarse bien, esto era, metiendo mucho género averiado y cobrándole como bueno.

Tras mucho pensarlo, midiendo y sopesando los pros y los contras, se decidió «Francisquillo» a meterse en él, y al efecto, aquel montón de oro y plata que, por espacio de tantos años y a costa de tantas privaciones y sacrificios consiguiera reunir, fue todo empleado en matar de hambre a los monaguillos del altar y del trono.

En tanto, seguía muy apacible y con muy poco gasto el idilio roñoso.

La señora Beatriz se esponjaba en su mechinal, viendo cómo la industria del bacalao podrido y las lentejas huecas subía como la espuma.

***

Cabrillas iba menos que antes a visitar a su tía. Le consentía a «Francisquillo», porque le parecía que el cariño de ambos parientes estaba muy arraigado, pero no quería verle. A tanto no llegaba su condescendencia por semejante sujeto, vago de profesión y sinvergüenza por naturaleza.

A decir de la tía, más de una vez tuvo que ir a sacarle de entre las garras de la policía por armar camorra en los chamizos en donde el desorejado Jorge hacía su negocio. Aunque muchas veces se había propuesto abandonarle en brazos de su negro y desdichado sino, cuando iba a poner el pensamiento por obra se encontraba sin fuerza de voluntad para, ello; al fin y al cabo, era el único pariente que le quedaba en la tierra y no olvidaba que en momentos de soledad y abandono le había servido de mucho consuelo. Y además, aunque por fuera era como Dios le había hecho, o por mejor decir, las malas compañías, era lo cierto que no tenía mal fondo.

Una noche, cuando «Francisquillo» entraba en su casa, de mal talante porque el negocio liquidado aquel día fue desastroso a causa de que la intendencia general se negaba a reconocer los últimos débitos, por la justísima razón de que los géneros servidos estaban completamente podridos, se topó en la escalera con su sobrino político.

Como el farolillo de aceite que había puesto en el primer tramo, sobre una palomilla, estaba apagado, se dieron un furibundo encontronazo, como resultado del cual estuvo en bien poco de no dar en el suelo el más débil, que era nuestro hombre. Este, por el taco redondo que soltó el que le embestía, conoció quién era.

—¿No ves que suben, animal? —le dijo.

A lo que respondió el otro reforzando el juramento anterior con otro más rotundo y un tanto sacrílego:

—Y usted, ¿no ve que bajan? ¿Por qué no se aparta?

—¿Dónde vas con tanto brío? —tornó a preguntar el viejo.

Y respondió el joven:

—A donde a usted no le importa. ¿Es usted mi padre, por un casual, para pedirme cuentas? ¿O es que el ser arrimo de mi tía cree usted que le da licencia para ello?

—-Habla con más respeto —exclamó su merced saliendo por los fueros de su «socia», en toda la extensión que se le quiera dar a la palabra—. Ya te habrán dicho que no quiero verte por aquí; conque ¡largo!

—Ni yo a usted. Por esto me marchaba sin aguardar a que llegase.

—¡Que el diablo te lleve!

—Él le ayude.

Cuando llegó «Francisquillo» a su chiscón, se halló a «La Canóniga» tendida en el suelo, desmayada, y con un chirlo profundo en la cara, que se la cruzaba de oreja a oreja.

Extendidas por toda la habitación había unas prendas de vestir, tan pobres y fuera de uso, que no las hubiera recogido el más desarrapado príncipe de la limosna.

Pronto se imaginó la tragicomedia que allí acababa de representarse, según las muestras, con harto dolor por parte de los dos únicos personajes que en ella tuvieron que intervenir.

La codicia, haciéndole temer que alguno de los momentos de la representación llegase a repercutir en lo que más amaba en este mundo, que era el dinero, no le consintió ser caritativo acudiendo a prestar auxilio a su compañera, que mucho lo necesitaba, pues por la extensa herida del rostro arrojaba sangre en tanta abundancia como si la hubiesen degollado.

Entró Francisquillo en la alcoba lanzando sordos rugidos, que no parecía sino una fiera en celo y quiso buscar una arquilla de roble, que solía estar debajo de la cama, y era donde él sabía que su mujer (o lo que fuese) guardaba los ahorros, pues, en lo referente a verlos, jamás le fue consentido.

En aquel matrimonio no existían gananciales…

El arca estaba, pero abierta…

En el fondo del mueblecillo no se veía ni la roña de un ochavo.

En cambio, estaba casi llena de papeletas de empeño.

Los ojos extraviados de aquel hombre, a punto de salírsele de las órbitas iban de la caja a Beatriz, y rugía sordamente, como bestezuela que, al llegar al nido, echase en falta a sus hijuelos.

Ciertamente, tenía un aspecto imponente.

Estaba a punto de perder la poca razón que la avaricia no le había tomado por su cuenta.

Mucho tiempo estuvo en aquel lastimoso estado de inconsciencia, sin importarle nada de cuanto acaeciera a su alrededor…

Por fin, acertó a levantarse y se fue a la sala.

Ello fue a tiempo que volvía de su desmayo «La Canóniga», que, viéndose como se vio, toda empapada de sangre, pensó que su hora postrera estaba próxima y comenzó a pedir confesión.

«Francisquillo», sin cuidarse poco ni mucho de tales espantos, sino atento solamente al saqueo, que era lo que más podía importarle, acertó a preguntar:

—¿Qué ha pasado aquí?

Pero no fue respondido sino con ayes y lamentos.

—Calla, mujer, que, como dicen, siempre será más el ruido que las nueces; esto en lo que atañe a esa caricia que tienes en la cara, pues en lo demás, también como dice el refrán: «Más mal hay en la aldehuela del que se suena».

Y como si con tales razonamientos trasnochados se hubiese ablandado algo, salió a la cocina, de donde retornó presto con una jofaina, sucia y desportillada llena de agua, y con unos trapos comenzó a desembadurnar aquella desapacible jeta, que parecía la de un «cristo» de mala talla.

«La Canóniga», que, como ya te he dicho, pensó que estaba en las mismísimas puertas de la muerte, se creyó en el caso de confesarse, aunque fuese a su marido, mas que todo lo llevase después la trampa, pues a ella poco podían tocarle ya de las venturas y desventuras de este mundo.

«Francisquillo» se dispuso a escucharla resoplando más que el fuelle de una fragua.

VIII

Entre hipos, suspiros, mocos y lágrimas, desembuchó su alma de tal suerte que vino a dejar al avaro a punto de acabar que lo que ella se pensó de sí misma.

Aquel excomulgado de Cabrillas, a quien viera arder en los infiernos (lo cual equivalía a decir tanto como que allí quería ir ella), no era sobrino suyo ni Dios lo permitiera, que en su familia siempre hubo personas decentes y cabales.

El pecado mortal, tentación y perdición de la carne liviana le había traído.

Ella se dejó engañar por el anzuelo de su mocedad; al fin y al cabo, desde que el señor c cayó —como todos hemos de hacerlo— en la paz de la Tierra, no había vuelto a saber qué cosa era un hombre con bríos en la • de los , y ella, si tenía que decir la verdad, no se encontraba con vocación de .

Ella se dejó querer, pensando que también él iba atraído por verdadero cariño, que al fin tampoco ella era ningún pingajo despreciable, pero el rufián no acudía sino al olor de la miseria reunida a fuerza de privaciones.

Conforme iba oyendo el desgraciado tacaño la deshonesta declaración se iba tornando mortal, y no ciertamente porque el gusanillo de la honra le hiciera sarpullido, sino porque miraba que el soñado negocio matrimonial, en que tanto tiempo estuvo soñando, se le deshacía como la sal en el agua.

La adúltera miserable, pero no tal para quien la entraba por los zaguanes del capricho, puesta en la pendiente de las declaraciones, prosiguió poniendo boca abajo el saco de la conciencia.

Unas veces con halagos, otras con amenazas, le iba sacando cuanto ella guardaba para pasar una tranquila vejez.

Cuando él, Francisquillo, la conoció y se aventuró a tomarla por compañera, ya iba camino de la ruina y, por esto, antes que por amor, ya que sabía que era hombre de posibles, le había hecho cara, que si aquel ladrón fuese como Dios mandaba no tuviera necesidad de agarrarse a un clavo ardiendo, como dicen.

Aquella tarde fue más tirano que nunca, y como se negó a entregarle ocho mil reales, con mucha urgencia, para sacar a un amigo de un apuro, según decía, la maltrató hasta el punto de asestarle aquel tajo que tenía en la cara, por donde pensaba que había emprendido el viaje postrero. Hizo una pausa en el relato y continuó:

—Después buscó por toda la casa y, habiendo hallado la arquilla, la descerrajó y, tomando veinte mil reales que guardaba de mi pasado esplendor, me dejó en la triste situación en la que acabas de hallarme, que de aquí a una hora, todo lo más, pienso que seré buen abono para criar berzas. Y no es esto lo peor, siendo mucho, sino que los recibos de lo que tenía prestado a buen interés los llevó también y, según dijo, con intenciones de repartirlos entre los que yo favorecí con el sudor de mi ahorro.

El mísero Francisquillo no tuvo alientos para escuchar más desventuras y, dando un empujón a Beatriz, de la que no podía hacerse el retruécano de decir cue fuese su «Dante», salió de aquel antro como alma condenada, que por sus mismos pasos en alas de sus culpas se va camino de los infiernos.

¿Dónde iba? ¿Acaso lo sabía él mismo?

La Canóniga no hizo nada por detenerle. Solo atendía a su descalabro y así quedó rezongando mientras se dolía del chirlo reparado con agua y vinagre que debía ponerla a punto de rabiar, más que por el dolor de la herida por la virtud del remedio:

—Bien me tomó aquel ladronzuelo el pan debajo del brazo… ¡Sea su alma! Tantos años de sisarle las entrañas a aquel siervo de Dios, que a la hora de esta tiene de ser angélico de su coro o tan poca justicia hay en el cielo como en la Tierra, no aprovechando cosa para el regodeo y lujo de mi persona. ¡Tanto tiempo procurando el bienestar de las gentes prestándoles en los casos de apuro lo que fuese necesario, a un tanto por ciento tan saneado, para me cada día viniese este enemigo do Dios a sacarme las entrañas!

Cierto que yo no era quien para evitarlo, que, aunque no me esté bien el decirlo, me tenía robada la voluntad, y cuando yo me negaba, me ponía el cuerpo hecho un san Lázaro.

IX

Golpe mortal fue este para el mísero «Francisquillo», que venía a profundizar la herida que traía abierta por obra y desgracia del tropiezo sufrido en el mal

aprovisionamiento de las tronas carlistas, cuyo negocio pensó que tendría que llevarle en volandas a la cumbre de la riqueza.

Los repuestos del capital se iban agotando.

Ya no podía contar con el de su mujer para continuar encendiendo la antorcha de su avaricia.

X

Cuando aquella noche «Francisquillo» llegó a casa de su socio, porque has de saber, por acaso no lo dije antes, que el hombre tenía un socio industrial que le ayudaba en su empresa y era quien «daba la cara», recibió dos golpes que parecían dos puntillazos soberbies para que exhalase el postrimer suspiro en aquel mismo punto y hora.

El individuo en cuestión había desaparecido con los pocos fondos que restaban de la sociedad constituida, de la que el avaro era el único capitalista…

Cuando salió a la calle, casi sin conciencia de su propio ser, voceaban «La Correspondencia» con la terminación de la guerra.

Entonces, sí que pensó morir. Su redención no tenía remedio.

Los ilusorios y fantásticos anhelos del Pretendiente habían resultado fallidos. Por ningún lado vislumbraba la aurora de su triunfo.

Esta era la segunda vez y acaso la última que la «causa», la santa y legítima «causa» bien vista por Dios y su Corte celestial, «pinchaba en hueso», dicho en términos taurinos, ya que todas las intentonas carlistas no han sido más que becerradas.

Entre la gran derrota, iba envuelta la ruina de los proveedores de aquella tropa de opereta bufa.

Durante mucho tiempo, deambuló por las calles solitarias.

Amanecía cuando, harto de andar, sin fuerzas y medio muerto de necesidad, entró en su casa.

De la alcoba venía aún el llanto de «La Canóniga» lamentando su bien perdido.

El hombre no hizo caso.

Se dejó caer en una silla y, de codos sobre la mesa que ordinariamente les servía de altar para su condumio, se. durmió…

XI

De allí a cuatro o cinco días los halló la vecindad medio muertos de hambre y comidos por la más espantosa miseria.

Para penetrar en la vivienda, fue menester prevenirse como para cruzar una región invadida por la peste.

Los llevaron al hospital y ya nadie volvió a preocuparse de ellos.

Como no había parientes ni amigos, nadie, apareció a ofrecerles la caridad de unas palabras de consuelo ni a recomendarles resignación en la desgracia.

Al cabo del tiempo, se los vio juntos implorando la caridad de los fieles en ese mismo atrio de San Sebastián en donde acabamos de verlos, como los más miserables de toda aquella pobretería. Ya has visto que ninguno lleva más andrajos que ellos, pero tampoco llevan su desgracia con más callada resignación.

La miseria ha sido en ellos el lazo de unión, así como en los seres dichosos es el cariño, y para que no pudieran separarse, todavía fue más cruel su destino: les negó la luz.

Próxima, se oyó la campana de los Jerónimos, que llamaba a los fieles a misa de dos; mi pariente se alzó apoyado en mi brazo, dando por terminada esta lamentable y miserable historia, que parece una nueva versión de *El castigo de la miseria*, novela ejemplar que, en la dorada centuria, compuso doña María de Zayas, y mandó que fuésemos a buscar la suculenta olla, retrasada aquel día más de lo que tenía por ordinaria costumbre…